

Gaceta

ILUSTRADA

Nº 270 / 10 de agosto de 1969

EXTRA
25 PESETAS

¡LAS FOTOS!
El más fabuloso
reportaje
en color

EL LIBRO DE LA LUNA

Un nuevo fascículo
COLECCIONABLE



Von Braun: «Somos lo bastante maduros para soportar

que presagiaba lluvia, y hacia el mediodía cayó un chaparrón rabioso de mal augurio. Nadie se sentía optimista, tranquilo. En el edificio en donde la NASA albergaba la sala de la prensa, los periodistas pasaban impacientes. Uno repetía: «No sé escribir esto; no sé escribirlo. No es una historia de periodistas; haría falta un Homero». En la ciudad, las únicas personas que mostraban serenidad eran las mujeres de Armstrong, Aldrin y Collins. Adiestradas por sus maridos —la Luna es una conquista normal de a técnica—, llegaron a aquel día con la preocupación principal de aparecer graciosas en la televisión, y una de ellas, la mujer de Aldrin, hizo con tal propósito una cura de adelgazamiento. Gracias a esa cura pudo exhibirse en traje de baño en la orilla de su piscina, ofreciéndose a la multitud y a las máquinas tomavistas de la CBS, ante las cuales bromeó, sonrió y explicó que los tres hombres alunizarían y volverían. Cosa de la cual, ni siquiera Von Braun estaba seguro. En la última conferencia de prensa se le había escapado una frase: «Somos lo bastante maduros para soportar el "shock" si la misión no llega a consumarse». En la cafetería de la NASA, adonde había bajado para tomar un bocadillo, mezclado con la multitud, Von Braun había aparecido somnoliento y se había negado a firmar una fotografía del Saturno.

Y así llegamos a la tarde fatal, a aquella en que dos hombres de nuestro planeta iban a intentar el desembarco en la Luna. Eran dos hombres a quienes nadie había elegido porque fueran mejores que los otros, y su único mérito consistía en ser buenos pilotos, pero no mejores que los otros. Humanamente no valían gran cosa. Faltos de fantasía y de humildad, antes de la partida se habían mostrado arrogantes y durante el vuelo no se habían hecho simpáticos. Nunca una frase dictada por el corazón, ni una palabra de broma, ni una observación genial. Habían visto la Tierra, que se alejaba a centenares de miles de kilómetros y ese privilegio se había convertido en una árida lección de Geografía: «Veo a la derecha la península del Yucatán, a la izquierda, Florida...» Alguien los había definido como la *unmanned crew*, la tripulación sin hombre; *unmanned* es el término que se usa para las astronaves que no llevan personas a bordo. Amargada y desilusionada por su silencio, yo les perdonaba sólo sabiendo que tenían miedo; pero ni aun eso siquiera bastaba como para quererlos mientras la hora se acercaba. La hora era entre las tres y las tres y media. Aquellas dos máquinas extraordinarias llamadas LEM y Cápsula Apolo se habían separado ya. El Apolo orbitaba la Luna con Mike Collins; el LEM descendía al Mar de la Tranquilidad con Armstrong y Aldrin. Pero no se llamaban ya Apolo ni Lem. Al primero lo habían rebautizado con el nombre de Columbia, el nombre del cohete de Julio Verne; al segundo le llamaron Eagle, esto es, Águila; símbolo amado de los militares. En el distintivo que fue encargado por los tres se veía un águila que descende con las alas desplegadas y las garras extendidas entre los cráteres de la Luna. Observándolo, algunos habían recordado que el empeño de desembarcar en la Luna dentro de la década del sesenta al setenta fue asumido por Kennedy después de la crisis de Cuba, esto es, después de

la bahía de Cochinos, con propósitos rigurosamente políticos. Había necesidad de una gran empresa que devolviera el prestigio y el respeto a los Estados Unidos, y la Luna había parecido como la solución más fácil y clamorosa. El propio Johnson lo confirmó en una emisión televisada.

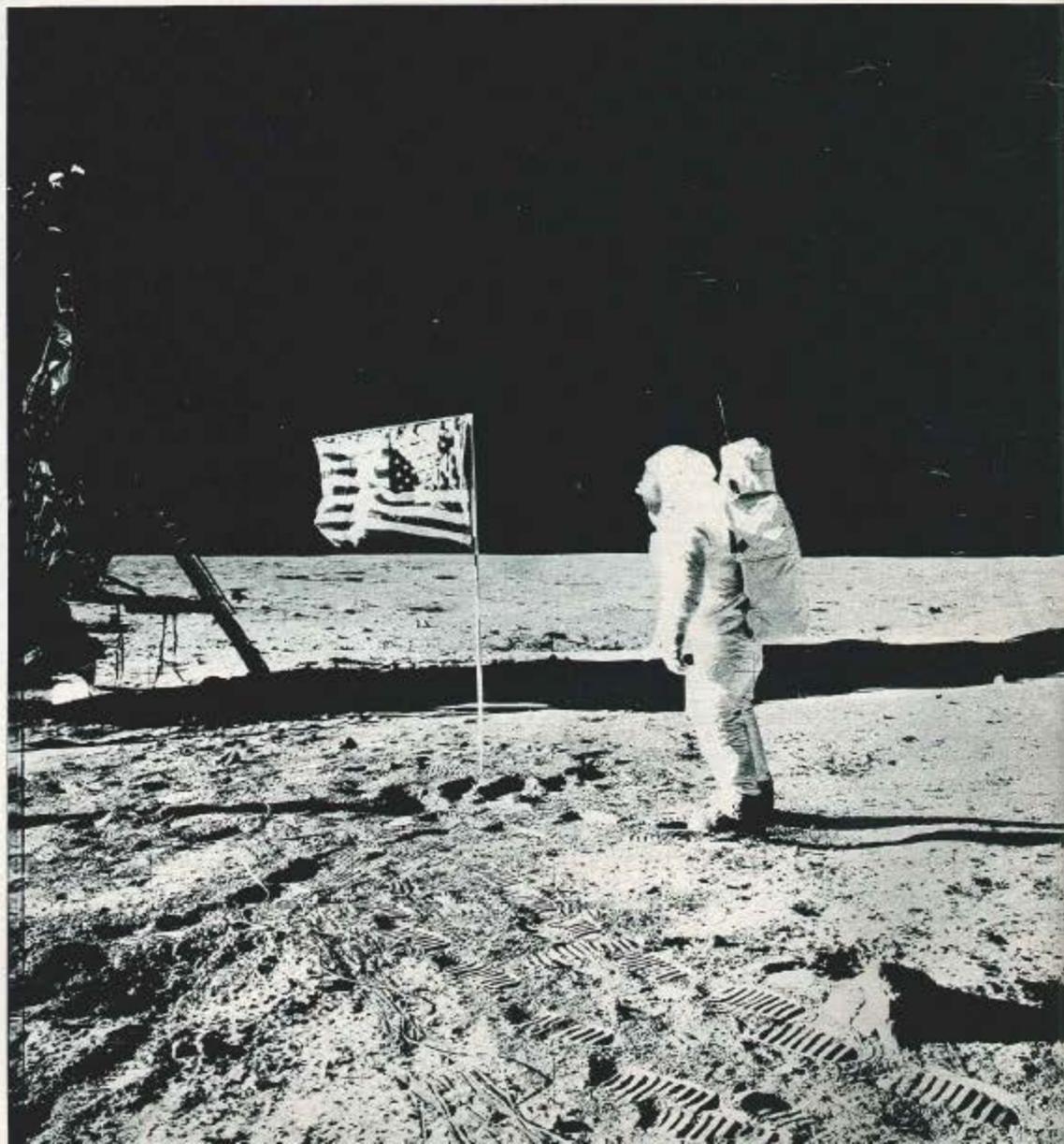
«En el momento en que el LEM se posó»

Luego, de golpe se hicieron las tres de la tarde. De golpe, como si para este viaje, que habíamos esperado durante años, no estuviéramos todavía preparados. ¿Sabían ustedes? era como cuando nace un niño y durante nueve meses se le ve crecer en el vientre; se sabe que tendrá que salir del vientre, pero llega el momento y te gana una especie de sorpresa, de pánico. Nace el niño y, apenas nacido, te das cuenta de que no estamos preparados para recibirlo. No sucedió nada extraordinario que nos pustera en guardia. No sonó una campanilla, no graznó un micrófono para decirnos que eran las tres; quizá no miramos siquiera el reloj. Pero, de improviso, nos dimos cuenta de que la hora había llegado y todo cambió. No nos importó ya nada

que la Luna representara un vulgar objetivo político. No nos importó ya que los dos hombres elegidos por casualidad fuesen antipáticos. La Luna se convirtió en algo religioso y los dos hombres se convirtieron en algo sagrado, símbolo de todos nosotros, vivos o muertos, buenos o malos, estúpidos o inteligentes, de todos nosotros que, peces, buscamos siempre otras playas sin saber por qué. Todo pasó como un estremecimiento, el mismo que en aquel instante sentía cualquiera que escuchase una radio del mundo o se sentara ante un aparato de televisión, o supiera lo que estaba sucediendo. Las máquinas tomavistas de la televisión estaban apuntadas sobre el centro de control en donde se dirigían las operaciones del vuelo. El centro de control enloqueció y al través de un cristal apareció Von Braun, con la cabeza inclinada y los brazos cruzados como si rezase. En las mesas, con los monitores y los cerebros electrónicos, los ingenieros, los astronautas y los técnicos acomodaron mejor sus auriculares. Ron Evans se levantó y dejó el sitio a Charlie Duke. Junto a Charlie Duke sólo estaba Pete Conrad, el comandante del próximo viaje a la Luna en noviembre. Inmóviles los dos, tensos. En la sala de la pren-

sa, en cambio, se redobló el escándalo, el movimiento de sillas, el sonido de los teléfonos el latido de los teletipos los gritos histéricos. Quién llamaba a Tokio, quién a Berlín, quién a Roma, quién a Praga, quién a Río de Janeiro. *Press Emergency Press Emergency Call!* ¡Llamada de prensa de emergencia! O bien: «¡El cable, el cable!» Otros se escaparon hacia el auditorium.

Este auditorium es inmenso y en él hay una pantalla que es enorme, de 4 por 6. Se hizo la obscuridad, se encendió la pantalla, y no apareció nada para el que no estuviese enterado; pero apareció algo tremendo para el que lo estuviese: los números de la cuenta atrás. Las horas, los minutos, los segundos. Las horas eran ahora cero, los minutos eran diez y los segundos pasaban sin darte tiempo para leerlos. Manchas luminosas, temblorosas como nuestras manos y nuestras rodillas. Y el auditorium se quedó en silencio; luego, se oyó una voz, que era la de Charlie Duke y otra voz que era la de Armstrong. Llegaba acompañada por silbidos, susurros a cuatrocientos mil kilómetros, allá en el cosmos; pero se le entendía todo lo que decía. Y aquel diálogo, ¡Dios mío!, aquel diálogo, noso-



el "shock" si la misión no llega a consumarse»

tros, que lo oímos, nunca lo olvidaremos. Nos quedamos muy conmovidos después, viéndole salir del LEM y caminar sobre la Luna. Pero nunca como en aquellos diez minutos o diez segundos que precedieron al alunizaje. Si preguntas a quien estuvo: «¿Has llorado más en el momento en que Armstrong puso el pie en la Luna o en el momento en que el LEM se posó?», la respuesta es idéntica: «En el momento en que el LEM se posó». Las tres y diecisiete minutos y cuarenta segundos del día 20 de julio de 1969, hora de Houston. ¿Queremos volver a escuchar los últimos catorce segundos antes de que aquel niño naciera?

CHARLIE DUKE. — Agulla, aquí Houston. Todo dispuesto para el alunizaje. Cierro.

NEIL ARMSTRONG. — Roger. Comprendido. Dispuesto para el alunizaje.

CH. D. — Roger.

A. — Alarma 12, 12.01.

CH. D. — 12.01.

A. — Estamos dispuestos. ¿Estáis ahí dispuestos? 2.000 pies, 2.000 pies en la AGS. 47°.

CH. D. — Roger. Comprendido.

A. — 47°.

CH. D. — Agulla, sois perfectos. Estáis en el go. ¡Go!

A. — 35... 750, descendemos ya a 23°; 700 pies, 21 y más, 36°, 600 pies, ya a 19; 540 pies, ya a 30°... y a 15; 400 pies, ya a 9... 8; adelante; 350, ya a 4; 330, ya a 3 y medio. La aguja está tensa en la velocidad horizontal... 300 pies, ya a 3 y medio... Abajo 1, al minuto. 1, 1 y medio abajo... Veo nuestra sombra ahí abajo... 50, ya a 2, 2 y medio, 19, adelante. Altitud, velocidad 3 y medio, ya, 220 pies, 13, adelante... 11, adelante... descendiendo muy bien, bien, 200 pies, 4 y medio y más, 5 y medio y más, 170, 6 y medio y más, 5 y medio y más, 9, adelante. 5 por ciento Cantidad luz, 705 pies, todo va bien. Ya a mitad, 6...

CH. D. — 60 segundos, Neil.

A. — Luces encendidas. Abajo a 2, 2 y medio. Adelante, adelante. Bien. 40 pies, más bajo a 2 y medio... Estamos levantando polvo... 30 pies... 2 y medio... Hay una sombra débil, 4 adelante... 4 adelante, estamos inclinándonos un poco a la derecha... 6 abajo.

CH. D. — 30 segundos, Neil.

A. — Adelante... Estamos inclinándonos a la derecha... Contacto luz. Okey. Cierro los motores. Cierro el control automático. Cierro el motor de descenso. Motores cerrados. Estamos en el 413.

CH. D. — Te leemos, Neil.

A. — Houston, aquí Base de la Tranquilidad. El Agulla ha alunizado.

CH. D. — Roger. Te leemos desde Tierra, Tranquilidad. Hay un montón de tipos que se estaban poniendo morados. Pero respiramos de nuevo. Gracias infinitas.

«Hacia un campo de fútbol»

En el auditorium y también en el centro de control, las palabras de Charlie Duke no las oyó nadie. Porque, después del mensaje de Armstrong: «Aquí, Base la Tranquilidad, el Agulla ha alunizado», la tensión se rompió y subió al cielo un aplauso que fue el aplauso más fragoroso y más largo que he oído nun-

ca y, junto, con el aplauso, un concierto de sollozos, gritos exclamaciones en que el alivio se unía al júbilo de la alegría al estupor, el estupor al orgullo, y esto no sólo en el auditorium, sino en los corredores, en las cabinas de radio, en las salas de los teletipos en los despachos, en el propio centro de control, en donde me dicen que Von Braun lloró como un niño. Y lloraba Wally Schirra y muchos de los astronautas y los directores de vuelo. El rostro de Pete Conrad tenía el color del yeso; el rostro de Alain Bean, que descenderá con él, era terroso. Se levantó Charlie Duke; dejó el puesto a Ron Evans, abrió la puerta del centro de control, entró en el recinto de los VIP y agarrándose a todos, balbuceaba: *We dit it. «Lo conseguimos. Lo conseguimos.»* Luego, Duke salió del recinto de los VIP; se puso a correr por las habitaciones, por los edificios, repetía: *We dit it. We dit it. Oh God, God. «Dios mío, Dios mío.»* Estos hombres fuertes, siempre fríos y siempre tranquilos; estos hombres convencidos siempre de que una rueda tiene que girar por el simple hecho de que es una rueda... Hizo falta un rato para que se rehicieran, para que nos rehicéramos y volviéramos a pensar en la voz con que Armstrong había dicho: «El Agulla ha alunizado». Una voz suave, tranquila, sin la carga de ninguna emoción.

Más tarde, el médico del vuelo informó de que en el momento del aterrizaje, el pulso de Armstrong había subido a 156. El, que no va nunca a más de los setenta o los noventa. Pero por la voz lo parecía realmente, y con aquel tono suave, tranquilo, falto de cualquier emoción, continuó dándonos las informaciones; explicó el lugar en que había alunizado, un triángulo comprendido entre una colina llamada *Paña de Gato*, una montaña llamada *Última Flecha* y un cráter, llamado *Z*. Por último, dejó que Aldrin describiera lo que veía desde la ventanilla del LEM. Había vuelto Charlie Duke. El diálogo es con Charlie Duke.

ALDRIN. — Houston, os ha debido de parecer una fase final muy larga. Lo ha sido. El sistema automático nos estaba llevando derechos a un campo de fútbol, quiero decir, a un cráter que tenía la amplitud de un campo de fútbol, con un gran número de masas enormes; así es que hemos tenido que regular el descenso a medida que nos acercábamos y buscar una zona razonablemente buena en ese campo de rocas.

CHARLIE DUKE. — Roger. Recibido. Eres hermoso desde aquí, Tranquilidad, Cierro.

A. — Ahora entramos en los detalles de lo que veo a mi alrededor. Bueno, parece una colección de todas las especies de rocas, por lo que se refiere a la forma, angulosidad y granulosis. Son extremadamente variadas. Los colores cambian según cómo los miras en la luz. En general, no parecen ser de muchos colores; diría que casi no tienen color. Pero parece que alguna de las rocas y de las masas montañosas, y tenemos algunas masas cerca de nosotros, tienen colores interesantes. Cierro.

CH. D. — Roger. Recibido. Parece que todo va bien, Tranquilidad. Ahora os dejamos trabajar en la cuenta atrás simulada y luego hablaremos. Cierro.

A. — Okey. Este 16 G es como un aeroplano.

CH. D. — Roger, Roger. Tranquilidad, tenéis que saber que en esta habitación hay muchas caras risueñas y también en todo el mundo.

A. — También hay dos aquí dentro.

CH. D. — Ha sido un buen trabajo, muchachos.

Fue entonces cuando intervino la voz, entre divertida y mortificada de Collins: «No olvidaros de uno que está dentro de esta cápsula». Aquel Collins, siempre puesto al margen y destinado a quedarse al margen, aquel Collins que estaba dando vueltas solo alrededor de la Luna. Nadie le respondió. El diálogo entre el centro de control y el LEM continuó.

CH. D. — Tranquilidad, aquí Houston. Habéis alunizado con una inclinación de cuatro grados y medio. Cierro.

A. — Sí, lo han confirmado nuestros instrumentos. Cierro.

—Houston, aquí Columbia. Houston, ¿no podríais ponerme en contacto con ellos? —preguntó Collins, tan conmovido como su soledad.

—Okey Columbia. Ahora te ponemos —dijo Charlie Duke—. Diles algo que puedan oír, Mike. Cierro. —Aquí Columbia. ¿Qué tengo que decir?

—Algo que puedan oír; algo. Cierro.

—Roger. Base de la Tranquilidad, aquí Columbia. Muchachos, visto desde arriba ha sido realmente extraordinario. Habéis hecho un trabajo extraordinario, muchachos.

—Gracias, Mike —responde Aldrin—. Ahora aprieta bien esa órbita. Tenía dispuesta para nosotros. —Lo haré, Buzz; lo haré.

Luego intervino de nuevo Armstrong:

—Houston, aquí la Base de la Tranquilidad. Los muchachos de tierra habían dicho que no estaban seguros de que lo lográsemos y nosotros... Estábamos un poco preocupados por el sistema de alarmas; eso sí. Precisamente durante el descenso y aparte del momento en que tuvimos que elegir un buen sitio para alunizar, quiero decir, aparte de una buena ojeda a los cráteres en la fase final, no he logrado identificar bien lo que había en el horizonte.

CHARLIE DUKE. — No te preocupes, Neil. En eso pensamos nosotros. Cierro.

—Puede interesarte saber que no he notado ni noto dificultad alguna en adaptarme a un sexto de la gravedad. Diría casi que me resulta natural, espontáneo, moverme en una gravedad seis veces menor. —Roger. Recibido. Bien. Cierro.

—Houston, ahora te doy las informaciones. Ni siquiera está prácticamente un poco sobre el nivel de un gran número de cráteres cuyo diámetro va de los cinco a los cincuenta pies. Veo también muchas cimas montañosas de una altura de veinte a treinta pies, y millares, literalmente millares de minúsculos cráteres de uno a dos pies de largo. Frente a mí, a unos centenares de pies, hay algunos bloques de rocas hirsutas y angulosas, con bordes agudos, de una altura de unos dos pies. Y hay una colina en nuestro horizonte, exactamente en línea recta en relación con las dos ventanillas. Calcular la distancia es imposible; pero yo diría a una milla o a media milla.

MIKE COLLINS. — Parece mucho mejor que ayer, Neil, cuando mirá-

bamos desde aquel ángulo bajo el sol. Ayer el terreno aparecía accidentado como una pancha de maíz.

«Un color sin color»

—Era verdaderamente accidentado, Mike. En la zona de aterrizaje estaba punteado de cráteres y piedras, algunas piedras mayores de cinco a diez pies. «En la duda, aluniza despacio.» (Es una expresión de los pilotos: *When in doubt land long*. Gran parte de esas frases estaban hechas con el lenguaje de los pilotos. Por ejemplo, no decían «No te preocupes». Decían «No sudas» —*No sweat*—; y no decían «Cierro»; Decían «Break —Rompe, rompe—.»

«Es lo que hemos hecho, Mike.»

CHARLIE DUKE. — Tranquilidad, aquí Houston. Queremos que pongas en funcionamiento el «memory F», Cierro, Columbia, aquí Houston. Para ti tenemos un P 22, si estás dispuesto a recibir.

M. C. — Sí, señor, a tus órdenes.

ARMSTRONG. — Pues diría que el color de la superficie alrededor de nosotros es razonable al que hemos observado en órbita a diez grados de ángulo del sol. Es un color sustancialmente sin color, gris blanco, muy blanco y el gris es de eso, cuando miras a la fase cero. Pero cuando miras a una inclinación de noventa grados es un gris mucho más oscuro; es un gris ceniza, color de ceniza. Algunas de las rocas que han sido golpeadas o rotas por el módulo son, al exterior, de un color gris claro y por dentro de un gris oscuro, oscurísimo. Las rocas rotas quiero decir. Parecen de basalto.

Interrupción de CH. D. — Tranquilidad, aquí Houston. Por favor, despresurizado de nuevo el carburante y el oxígeno. Está saliendo demasiado.

A. — Okey, carburante y oxígeno despresurizados.

CH. D. — Tranquilidad, he dicho que podéis abrir tanto el carburante como el oxígeno. Cierro.

A. — Okey, okey.

CH. D. — Tranquilidad, repito, despresurizado el carburante. Despresurizado, despresurizado. Está aumentando rápidamente la presión. Cierro.

A. — Pero nosotros señalamos treinta «psi» del carburante y treinta de oxígeno. (Psi quiere decir «Pound Square Inch», esto es libra cada pulgar cuadrado.)

CH. D. — Nosotros leemos algo distinto en nuestros instrumentos. Por favor, despresurizado el carburante y el oxígeno, he dicho.

A. — Okey, despresurizamos. Mantenemos abierto. Ahora la aguja señala 24 «psi». Ahora, 20, Ahora, 15. Ahora, cero.

CH. D. — Bien, cierra. Gracias.

A. — Cierro. Por las ventanillas no hemos podido ver las estrellas; tenemos la visera del casco calada. Ahora, Buzz intenta verlas con las lentes ópticas. Yo estoy mirando la Tierra. Es grande, brillante y hermosa.

CH. D. — Tranquilidad, realmente, tiene que ser un bello espectáculo. Cierro.

«Columbia. Aquí Houston. Faltan dos minutos a vuestro LOS. (Loss of signal, esto es, pérdida de contacto con la Tierra cuando la astronave pasa a la otra cara de la Luna.) Mike Collins está, en efecto, dirigiéndose hacia la otra cara